



en los *Anales toledanos*, en su lugar fué puesto don Sancho, hijo del rey D. Fernando, á quien algunos llaman D. Pedro, otros D. Juan, por engaño sin duda. El arzobispo D. Rodrigo, por orden de la reina doña Berenguela, crió en Toledo á sus nietos los infantes D. Felipe y don Sancho: proveyóles en aquella su iglesia sendos canonicatos. Estudiaron ambos en los estudios de París; en particular D. Felipe tuvo por maestro á Alberto Magno, gran filósofo y teólogo. Todo esto, y más el favor de su padre, fué ocasion de poner en esta vacante los ojos en D. Sancho. Aprobó la elección el papa Inocencio IV; mas el electo no parece se consagró por su poca edad, que era el penúltimo de sus hermanos. Por su contemplación dió su padre á la iglesia de Toledo á Uceda y á Izatoraf, esto á truco de Baza, que se la diera cuando conquistó á Jaen.

Vivió por este tiempo un hombre señalado, por nombre Pero González, que dejaba la corte y palacio, en que tenía buen lugar, gastó lo póstero de su vida en doctrinar á los gallegos y asturianos, predicador de fama. Su contemporáneo Bernardo, canónigo de Santiago, por el gran conocimiento que alcanzó de los derechos, fué muy familiar al pontífice Inocencio, y es el que escribió la glosa sobre las epístolas decretales. En el mismo tiempo los aragoneses, divididos en parcialidades, se abrasaban con discordias civiles. Tenía el rey D. Jaime de doña Violante, su mujer, estos hijos: D. Pedro, D. Jaime, D. Fernando, D. Sancho; otras tantas hijas: doña Violante, doña Constanza, doña Sancha, doña María. La reina estaba apoderada del rey, y así le persuadió que dividiese los Estados del reino entre sus hijos; consejo muy perjudicial á la república, por enflaquecerse por esta manera las fuerzas, y muy pesado en particular á D. Alonso, su hijo mayor, en cuyo perjuicio se enderezaban estas prácticas. Por esta causa los más de los grandes siguieron la voz del infante, y por su autoridad públicamente se apartaron del rey. Con cuidado de componer estas diferencias, que amenazaban mayores males, por el mes de Febrero se tuvieron cortes generales en Alcañices, pueblo de Aragón. Señaláronse jueces sobre el caso, personas prin-

cipales, eclesiásticas y seglares: dieron por sentencia que el hijo debía obedecer á su padre. De ningún provecho fué esta diligencia, por estar los vasallos mal contentos, y el rey constante en su parecer y propósito, tanto que en vida hizo donación al infante D. Pedro del principado de Cataluña, con que la otra parte se desabrió mucho más. Esto en Aragón.

Las cosas del rey D. Fernando se hallaban muy en mejor estado, porque compuestas y asentadas las cosas en Sevilla, en que determinaba hacer su asiento, acometió á Jerez, y ganó de los moros á Medina-Sidonia, Begel, Alpechin, Aznalfarache; fuera desto, á la ribera del mar en parte abatió, en parte tomó muchos castillos de moros. Pretendía que los demas, escarmentados con aquel daño y castigo, se rindiesen ó reprimiesen. Hiciéronse correrías por los campos de Nebrija: algunos pocos pueblos de moros, por estar fortificados de sitio ó de murallas, se atrevían y estaban determinados de sufrir el cerco, no sólo como cosa más honesta, sino también como más segura, ni por el daño de los otros se movían á rendirse. Tratóse de pasar la guerra á África, y con este intento, en las marinas de Vizcaya, por mandado del rey D. Fernando, se apercebía una nueva y más gruesa armada, cuando una recia dolencia le sobrevino, de que finó en Sevilla á treinta de Mayo el año que se contaba de mil doscientos cincuenta y dos. Reinó en Castilla por espacio de treinta y cuatro años, once meses, veintitres días; en Leon veintidos años, poco más ó menos. Fué varón dotado de todas las partes de ánimo y de cuerpo que se podían desear, de costumbres tan buenas, que por ellas ganó el renombre de Santo, título que le dió no más el favor del pueblo que el merecimiento de su vida y obras excelentes: muchos dudaron si fuese más fuerte, ó más santo, ó más afortunado. Era severo consigo, inexorable para los otros, en todas las partes de la vida templado, y que, en conclusión, cumplió con todos los oficios de un varón y príncipe justo y bueno.

En ningún tiempo dió mayor muestra de santidad que á la muerte. Comulgó D. Ramon, arzobispo de Sevilla. Al entrar el Sacramento por la sala se dejó caer de la cama, y puesto

CAPÍTULO VIII

San Luis, rey de Francia, envia reliquias á Toledo.—Pasa al Egipto, es derrotado y hecho prisionero.—Sucesion de los arzobispos de Toledo.—Los aragoneses se dividen en parcialidades, y se enciende la guerra civil.—Don Fernando se apodera de Medina-Sidonia y otros pueblos.—Muchos grandes de Castilla se pasan al partido de los aragoneses y navarros.—Don Alonso hace paces con el aragones.—Don Enrique, hermano del rey, abandona los estados de Castilla.—El rey de Aragon se reconcilia con el de Francia.—Doña Isabel se casa con D. Felipe, hijo mayor de aquel rey.

En el mismo tiempo que Sevilla estaba cercada, San Luis, rey de Francia, enriquecía con reliquias santísimas que envió á Toledo, y aumentaba la devoción de la Iglesia mayor de aquella ciudad, juntamente ganaba las voluntades de nuestra nación. En el sagrario de aquella iglesia, hasta hoy con gran devoción se muestran y guardan las dichas reliquias con la misma carta original del rey, cuyo traslado nos pareció poner en este lugar para memoria de la piedad de príncipe tan señalado y devoto: «Luis, por la gracia de Dios, rey de Francia, á los amados varones en Cristo, canónigos y todo el clero de la iglesia de Toledo, salud y dilección. Queriendo adornar vuestra iglesia con un excelente dón por medio de nuestro amado Juan, venerable arzobispo de Toledo, y á su instancia, os enviamos algunas preciosas partecicas de los venerables y señalados nuestros santuarios, que hobe del tesoro del imperio constantinopolitano; conviene á saber, del madero de la cruz del Señor: una de las espinas de la sacrosanta corona de espinas del mismo Señor: de la leche de la gloriosa Virgen María: de la vestidura de púrpura del Señor con que fué vestido: del lienzo con que se ciñó el Señor cuando lavó y limpió los pies de sus discípulos: de la sábana con que su cuerpo estuvo sepultado en el sepul-

cro: de los paños de la infancia del Salvador. Rogamos, pues, y requerimos en el Señor á vuestra caridad que las sobredichas reliquias recibais y guardéis en vuestra iglesia con la reverencia debida: asimismo que en vuestras misas y oraciones tengáis memoria benigna de nos. Fecha en Estampas, año del Señor de mil doscientos cuarenta y ocho por el mes de Mayo.»

Después que el rey Luis hobo enviado esta carta, de Marsella se hizo á la vela y navegó á la Tierra Santa con deseo de reparar en aquellas partes la guerra sagrada. El suceso no fué conforme á su santa intención, porque apoderado que se hobo en las marinas de Egipto de Pelusio, ciudad que hoy se llama Damiata, toda la prosperidad se volvió en contrario. De tres hermanos del rey, Roberto murió en una batalla, Alfonso y Carlos fueron presos con el rey el año mil doscientos cuarenta y nueve: la libertad costó mucho haber, sin que en la Tierra Santa, á la cual, donde pasaron, hiciesen cosa de muy gran momento; verdad es que las ciudades de Sidon, Cesárea y Ioppe fueron recobradas por las armas de Francia, año del Señor mil doscientos cincuenta, pero ninguna otra cosa se hizo: en el mismo año, por muerte de D. Gutierre, arzobispo de Toledo, que finó en Atienza á nueve de Agosto, como se ve



los hinojos en tierra, con un dogal al cuello y la cruz delante, como reo pecador, pidió perdón de sus pecados á Dios con palabras de grande humildad; ya que queria rendir el alma, demandó perdón á cuantos allí estaban, espectáculo para quebrar los corazones, y con que todos se resolvian en lágrimas. Tomó la candelá con ambas las manos, y puestos en el cielo los ojos, «El reino (dijo), Señor, que me diste, y la honra mayor que yo merecia, te le vuelvo: desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo me ofrezco á la tierra: recibe, Señor mio, mi ánima, y por los méritos de su santísima Pasión ten por bien de la colocar entre los tus siervos.» Dicho esto, mandó á la clerecía cantasen las Letanias y el *Te Deum laudamus*, y rindió el espíritu bienaventurado. Á su hijo D. Alonso, que nombró por heredero, poco ántes de morir dió muchos avisos, y juntamente le encomendó con mucho cuidado á la reina doña Juana y sus hijos, de los cuales se hallaron á su muerte don Fadrique, D. Enrique y D. Felipe, que era electo prelado de Sevilla, y D. Manuel; D. Sancho, electo de Toledo, no se halló por estar en su iglesia. Luégo el dia siguiente le hicieron el enterramiento y honras con aparato real. Su cuerpo fué sepultado en la iglesia mayor de Sevilla.

Dícese que este rey inventó é introdujo el consejo real, que hoy en Castilla tiene la suprema autoridad para determinar los pleitos. Señaló doce oidores, á cuyo conocimiento perteneciesen los negocios mayores, y los pleitos que en los otros tribunales se tratasen, por vía de apelacion con las mil y quinientas doblas que deposita el que apela, y las pierde en caso que se dé sentencia contra él. Como las caute- las y engaños poco á poco iban creciendo, y los pleitos eran muchos por la malicia del tiempo, fué necesario establecer este nuevo tribunal; que ántes las ciudades, contentas con los juicios y sentencias que sus jueces daban, y con apelar á las audiencias de su distrito, tenían por cosa fea y sin propósito pasar adelante y implorar el auxilio real. Demas desto encargó á personas principales y doctas el cuidado de hacer nuevas leyes, y recoger las antiguas en un volumen que hoy se llama vulgar-

mente las Partidas, obra de inmenso trabajo, y que se comenzó por este tiempo, y últimamente se puso en perfeccion y se publicó en tiempo del rey D. Alonso, hijo deste D. Fernando. Hasta la muerte del rey D. Fernando llegó don Lúcas de Tuy con su historia.

El reino de D. Fernando, por derecho de herencia vino al rey D. Alonso, deceno deste nombre, cuya vida y obras pretendemos declarar, ilustres sin duda por la variedad de los sucesos y juego de la fortuna variable; pero que tienen más de maravilla que de honra y loa. ¿Qué cosa más maravillosa que un príncipe criado en la guerra y ejercitado en las armas desde su primera edad haya tenido tanta noticia de la astrología, de la filosofía y de las historias, cuan grande apenas los hombres ociosos y ocupados solamente en sus estudios pocas veces alcanzan? Sus libros que publicó y sacó á luz de *Astrología* y de la *Historia de España*, dan muestra de su grande ingenio y estudio increíble. ¿Qué cosa, eso mismo más afrentosa que con tales letras y estudios, con que otro particular pudiera alcanzar gran poder, no saber él conservar y defender, ni el imperio que los extraños le ofrecieron, ni el reino que su padre le dejó? Vió aquella edad y siglo hasta dónde podia llegar la libertad y arrogancia del pueblo, pues redujo un rey tan poderoso casi á vida particular: vió él mismo lo postrero de la desventura, que fué ser despojado de sus riquezas y mando. ¡Qué juegos hace la fortuna ó poder más alto! ¡Cómo parece que gusta en burlarse de las cosas humanas! El sobrenombre de Sabio que ganó por las letras, ó por la injuria de sus enemigos, ó por la malicia de los tiempos, ó él por la flojedad de su ingenio, parece le amancilló; pues con el crédito que tenía de ser tan sabio, no supo mirar por sí y prevenirse. En Sevilla, do se halló á la muerte de su padre, le alzaron por rey. Lo primero que hizo despues desto, fué renovar el concierto con Alhamar, rey de Granada, demas que le hizo suelta de la sexta parte del tributo que tenía costumbre de pagar; en que se tuvo respeto á los buenos servicios que hiciera, y á despertalle para que de nuevo hiciese otros, que sin duda por algun



DON ALFONSO X EL SABIO